

La espuma de los días

Harry Earles, el más grande actor pequeño

José de la Colina

En la foto están Grace, Tiny, Harry y Daisy: los cuatro Earles, más un anónimo perro al lado. Nos miran desde 1920 y el hombre proclama en un silencio que leo así:

“Eso de la Doll Family, como nos apodaron los publicistas del circo, el *music-hall* y el cine, fue tonto sobrenombre de farándula. Tenemos poco más de medio metro de estatura, pero no somos muñecos. Una encíclica del siglo XVI decretó que los enanos somos seres con alma, es decir, enteramente humanos, y además superdotados, pues, como escribió Tito Monterroso, tenemos un sexto sentido para reconocernos entre nosotros”.

Nacido en 1902 en Alemania, Kurt Fritz Schneider (luego Harry Earles en el cine y quizá Clarence Robbins en la literatura) llegó en 1920 a Estados Unidos con sus tres hermanas. Actuaron en las ferias suburbanas, en los shows de los parques de atracciones, en los *music halls* y en el cine.

Harry, culto y algo dandi, fue el liliputiense número uno de Hollywood y un famoso seductor de damas de mayor estatura que él (“Sí, es un *midget*, pero en la cama es un titán”, declararía la *starlet* Stella Colton a la chismosa profesional Edda Hopper).

Se dice que Harry sugirió al cineasta Tod Browning el asunto del cuento “Spurs” de Clarence Robbins (acaso heterónimo de Harry), en el que un sádico enano de circo se divertía montando y espoleando (literalmente) a una linda mujer de tamaño normal. El relato fascinó a Browning, quien en 1932 mezcló esa historia con el cuento “Hop-Frog” de Poe y lo convirtió en *Freaks* (en México titulada *Fenómenos*),

donde Harry personajizaba a un caballero amoroso y víctima de una amazona circense de estatura normal (Olga Baclanova), más una pléyade de reales “fenómenos” prestados a Browning por el famoso circo Barnum: varios enanos, un hombre-tronco, un hombre-esqueleto, un hombre-mujer (o mujer-hombre), una mujer barbuda, y hombres y mujeres macro y micromegálicos. Esos *freaks* dieron a la película un cierto tono documental y la intergenérica condición entre cine de horror, cine fantástico y, según yo, cine de poesía. Por acaso primera vez los “monstruos” eran de verdad, pero más humanos, más heroicos, más inteligentes que los actores de mayor estatura.

Aunque en los días de estreno *Freaks* decepcionó a las taquillas, Harry declaró en una entrevista: “Es una obra maestra y, como a los buenos vinos, los años aun la mejorarán”. Acertaba: la película que

en 1932 la MGM consideró fallida hoy se vende mucho en devedé, recorre cinetecas, cineclubes, festivales antológicos, es pieza de culto de los cinéfilos y los críticos la distinguen como un clásico del cine *diferente*. En 1980 David Lynch, tomando de *Freaks* dos asuntos argumentales: la humanidad de los “monstruos” y la solidaridad entre la gente circense, le rindió un tácito pero muy visible homenaje en su *Elephant Man*.

Obra no marchita pese a ser octogenaria, *Freaks* fue para Harry Earles una sola cima. El astro liliputiense se veía de año en año reducido a una exigua o ninguna línea en los créditos finales de las películas. Tuvo un tercer o cuarto papel en la superproducción *El mago de Oz* (Metro Goldwyn Mayer, 1939) como uno de los *mushkins* que festejan a Judy Garland en Mushkinland, pero su intervención fue brevísima porque cortaron casi toda escena en que bailaba un brioso número de tap. Todavía filmaba y durante un tiempo mantuvo la residencia de Sunset Boulevard, pero ya no era un astro, y en 1958 malbarató su mansión en forma de castillo y con sus hermanas se retiró a una modesta casa en Sarasota, Florida, donde vivió en casi anonimato apenas rafagueado por presentaciones en ferias y circos.

Murió en 1985, a los 83 años. A su entierro asistieron casi todos los *midgets* famosos de la farándula y el cine, más algunos actores de talla “normal”, entre ellos el muy alto Vincent Price, quien en su elegía fúnebre dijo que Harry era “un fino caballero y un poeta de la actuación que seguirá irradiando en las pantallas del mundo”. **U**

